

Formas y tipos constructivos de lavaderos públicos (1880-1950)

M. Ruiz-Bedia
P. Morante Díaz
C. Ruiz Pardo

Hasta la generalización de la red de distribución de agua a las viviendas —que en el medio rural del norte de España sucede muy entrada la segunda mitad del siglo XX— el agua procedente de manantiales, arroyos y ríos era la empleada para el abastecimiento humano, y este uso sucedía en espacios públicos comunitarios que a largo del siglo XIX se van acondicionando para prestar un mejor servicio. Junto a las fuentes y abrevaderos, base del aprovisionamiento humano y animal, se obraron espacios para el lavado de la ropa. La construcción de las nociones de servicio público y obra pública que sucede en España desde los últimos años del siglo XIX y la declaración del suministro de agua como servicio público (Matés 1998) en los años veinte contribuyeron de manera notable a la edificación de estas instalaciones, que en estos años dejan de ser un pozo descubierto junto al abrevadero para convertirse en edificios con cierta complejidad.

En las dos últimas décadas del siglo XX se constata un creciente interés por recuperar el patrimonio del mundo rural, del que forman parte estas construcciones. En ello ha tenido mucha responsabilidad lo manifestado en la Convención de Granada (1985) sobre las nuevas categorías de patrimonio, en concreto la relativa a la arquitectura rural y popular y la extensión del concepto mismo de patrimonio a las construcciones de ingeniería (obras públicas). Una y otra categoría deben ser tenidas en cuenta en el estudio de los abastecimientos de agua a las poblaciones, y en

concreto a los lavaderos de ropa, instalaciones con unas características constructivas definidas por su función, y que dan lugar a tipos susceptibles de ser clasificados.

La labor de identificación y catalogación es señalada por la mayoría de los autores (Ballester 1985; Martínez 1996) como el primer y necesario paso para apoyar la toma de decisiones de los profesionales que deban intervenir sobre cada obra y su ámbito territorial, y también fuente de información para los investigadores. Más aún, la carencia de inventarios aparece como una razón que justifica diferentes comportamientos, como son la débil protección que reciben estas obras de las políticas culturales, el escaso aprecio que por ellas demuestran los ciudadanos, e incluso la destrucción de muchas o la inversión de recursos en las menos importantes, porque al no disponer de información fiable no se puede hacer una selección rigurosa de aquello que realmente merece ser conservado.

El objetivo de esta comunicación es dar a conocer diferentes tipos y formas constructivas de lavaderos públicos de ropa en el ámbito espacial de la comunidad de Cantabria. Estas instalaciones forman parte de un catálogo de infraestructuras para abastecimientos de agua a poblaciones que se está realizando, por fases y zonas, en ese espacio territorial.

MÉTODO

La elaboración del catálogo se ha concebido con la idea de reunir en un colector amplio y de manejo simple toda la información posible, ordenada con criterio, que sirva para una completa definición de la infraestructura para abastecimiento catalogada. Todas cuentan con seis grandes ámbitos: identificación, localización, descripción física, conservación, documentación (análisis de la obra en su entorno, referencias en documentos y bibliografía, percepción social e identidad de lugar...) y valoración conforme a los criterios de valor científico, estético, histórico, simbólico y de uso.

Es en la descripción física donde se informa de los aspectos constructivos de la obra (geometría, tipos y forma de los elementos, dimensiones, materiales, puesta en obra...) distinguiendo los que son originales de las modificaciones derivadas de la conservación y/o reparaciones que han experimentado a lo largo del tiempo. Especial importancia tiene la circulación del agua y los elementos que permiten que el caudal discurra en el modo que debe hacerlo, desde que es captada hasta su desagüe.

La metodología de trabajo se basa en la combinación de trabajo sobre el terreno con la lectura e interpretación de las fuentes documentales (escritas, cartográficas, fotográficas...) buscando el mayor número de conectores fiables entre ambas.

La finalidad de este método es doble, por un lado elaborar para cada infraestructura catalogada un «hoja de vida» amplia, rigurosa y fiable, que sirva de consulta a cuantos necesiten tomar decisiones sobre ella, y por otro conectar la realidad física de la obra que se cataloga con el rastro que ha ido dejando en el territorio y en el papel.

Para presentar en esta comunicación los resultados que se van obteniendo se ha preferido inferir los aspectos comunes que presentan los lavaderos inventariados y que puede convertirse en categoría para una futura catalogación más amplia, aportando ejemplos específicos que ponen de manifiesto cómo resuelven en cada caso la instalación para lavado, y así tener presentes las especificidades que pueden informar, por ejemplo, de variantes regionales.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Con los lavaderos catalogados hasta ahora, unos 250, es posible ir configurando categorías para una posterior clasificación. Además de lo relativo a formas y tipos constructivos y los materiales empleados, se aprecia la repetición de otras variables que serán tenidas en cuenta. Entre ellas la localización, determinada al menos por dos factores, que son la relativa proximidad a un núcleo de población y la existencia de una fuente de agua (manantial, arroyo). Lo observado hasta la fecha indica que predomina la localización en las afueras de las poblaciones, pero próximos y relativamente bien conectados con el núcleo y sus barrios mediante caminos de distinta categoría; la razón por esta preferencia parece estar en la idea de salubridad, las ordenanzas (Bustamante y Baró 1988) de los pueblos y juntas vecinales orientaban a que los lavaderos estuviesen en lugares relativamente aislados como forma de prevenir la propagación de enfermedades infecciosas a través del lavado comunitario de las ropas; tarea que era prohibida o reglamentada estrictamente en caso de declaración de alguna epidemia.

Los lavaderos, por lo general, constituyen el elemento con mayor entidad física y constructiva del conjunto de los abastecimientos, en especial los que se construyen a partir de los años veinte del siglo pasado. Empezaron siendo depósitos de agua descubiertos mínimamente acondicionados para la tarea que en ellos se realizaba; con el fin de resguardar ese lugar de las inclemencias meteorológicas y de la presencia de ganados se protegieron de distintas maneras. Lo que empezó siendo un espacio meramente funcional acaba por convertirse en «lugar», un espacio para la sociabilidad femenina, un espacio en el que las construcciones expresan el valor emblemático del agua.

Las pilas

Constructiva y funcionalmente lo determinante en un lavadero es la pila, que recibe nombres variados — poza, pozo, pilón, pileta, cocino, balsa, piedra... — según las zonas geográficas. Una pila es un depósito de agua que se encarga de recibir, contener y evacuar un volumen de caudal, proceso que se desarrolla mediante captaciones, canalizaciones y desagües, por lo general de concepción y construcción sencillas. Los

propios depósitos también son construcciones simples y adaptadas a la topografía del terreno, no han originado grandes movimientos de tierras ni infraestructuras costosas, sólo en ocasiones la necesidad de conectarse con una red de distribución lejana —por ejemplo, cuando prescinden del manantial original y se nutren del abastecimiento de la población— ha propiciado obras de mayor envergadura.

Antes de ser una construcción específica con una funcionalidad determinada, los primeros lavaderos fueron la roca natural en las orillas de ríos y arroyos. Esas *pedras* más convenientes por su disposición y/o forma se empleaban como refregaderos en los que manipular las prendas. Este concepto de *pedra de lavar* es el primero que se aplica en las construcciones existentes para abastecimiento humano y animal (fuentes y abrevaderos), diferenciando en ellas un espacio para el lavado, consistente en un depósito descubierto delimitado por muretes en el que el elemento que lo define es una piedra de lavar dispuesta con cierta inclinación hacia el interior del depósito (Figura 1). Se percibe que es un elemento añadido por el tipo de material empleado —distinta piedra, ladrillo recubierto de mortero, hormigón— y su puesta en obra, o por cómo se resuelve la circulación del agua (Figura 2), por ejemplo ubicando el lavadero a una cota ligeramente inferior a la del abrevadero para aprovechar la gravedad.



Figura 1

Pequeño espacio para lavado configurado a partir del abastecimiento existente. El agua llega desde la fuente y abrevadero contiguo mediante un canalillo excavado en la piedra. Lavadero de *El Sierru* (Peñarrubia, Cantabria, ca. 1900). Todas las imágenes son de las autoras del proyecto

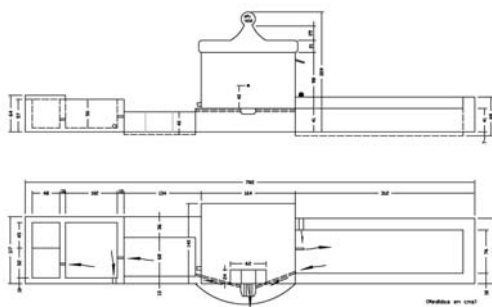


Figura 2

Conjunto hidráulico para abastecimiento de agua en Soto - Rucandío (Valderredible, Cantabria). El lavadero (último depósito a la izquierda) y también el abrevadero contiguo es una construcción añadida que recibe el agua de la fuente y el sobrante del abrevadero de la derecha, que se hace regresar hasta a fuente y discurrir por un canalillo hasta ellos

Las pilas pueden clasificarse atendiendo a diferentes criterios. Según la planta, existen de planta cuadrada, rectangular, circular, pentagonal irregular, trapecial y trapezoidal. Las más numerosas son las rectangulares, con dimensiones medias que no sobrepasan los 5m para los lados largos y 3m los lados cortos. Por el contrario, lavaderos de planta cuadrada y circular (Figura 3) son menos frecuentes. La planta pentagonal irregular parece corresponderse con un modelo constructivo que se desarrolla en la década de 1950 al menos en una zona geográfica de Cantabria (Lamasón) y también en Asturias (Diego 1992) y Álava (Azkárata 1994). La pila puede estar ubicada a la cota del suelo o elevada sobre el terreno. En el primer caso, que se corresponde con las pilas más antiguas, es el resultado de una excavación y revestimiento del talud con piedra. Las pilas a cota de suelo obligaban a que el lavado se hiciera con el cuerpo en posición agachada o arrodillada, postura incómoda y cansada, de ahí que la elevación de las pozas significase una mejora sustancial de la higiene postural de las personas —mujeres— que lavaban y una mayor efectividad en la tarea.

Las pilas se presentan exentas o adosadas a uno o más muros, en función de la concepción que se haya planeado para el conjunto de la instalación. Pueden estar adosadas al murete de una fuente o abrevadero contiguo, de los que reciben el agua; a un talud de tie-



Figura 3
Conjunto hidráulico en disposición lineal de Via (Marina de Cudeyo, Cantabria), acomodado a la topografía del terreno. La infrecuente planta circular del lavadero está protegida por un muro concéntrico que resguarda este depósito del ganado en el abrevadero

rras reforzado; a uno, dos o incluso tres muros o muretes sobre los que se apoya la cubierta que las protege. En función de ello el lavado es posible por uno, dos, tres o los cuatro lados de la poza permitiendo así un mayor o menor número de lavanderas simultáneas. La escasa capacidad de puestos de lavado motivó en ocasiones las quejas y posterior ampliación del lavadero o la construcción de uno nuevo, como ponen de manifiesto las fuentes documentales. (Figura 4)

La pila puede estar construida como depósito único o compartimentado en dos o tres más pequeños separados entre sí por muretes transversales con acanaladuras u orificios para permitir el trasvase de agua. Lo habitual es que sea en dos, dedicando uno —el más cercano a la entrada del agua— para aclarado y el otro para el enjabonado. (Figura 5) Menos frecuente es que la pila sean varios depósitos independientes —pequeñas pozas— relacionados entre sí mediante el circuito por donde discurre el agua. (Figura 7) El elemento singular que poseen las pilas son los refregaderos, la *pedra de lavar* propiamente dicha, planos inclinados que se materializan en una piedra sobre los que se manipula la ropa, y cuya superficie puede ser lisa o estriada para facilitar el lavado y la eliminación del agua. Es menos frecuente, pero también se han localizado refregaderos que son superficies horizontales.

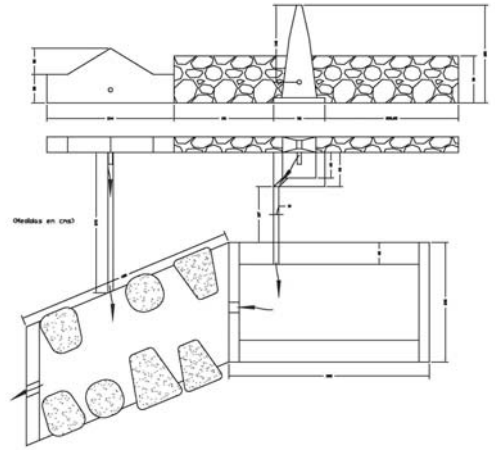


Figura 4
La Fuente de Castrillo de Valdelomar (Valderredible, Cantabria) es un conjunto hidráulico formado por dos fuentes y dos lavaderos abastecidos por distintos manantiales que afloran contiguos. Los lavaderos son depósitos descubiertos, uno excavado y provisto de losas a modo de piedra de lavar, y el otro elevado. Fuentes y lavaderos están enfrentados de modo que cada fuente abastece a una pila que además, están comunicadas. Esta disposición permitió segregar las tareas de enjabonado y aclarado

El material de que se han hecho las pilas ha variado a lo largo del tiempo. Las referencias documentales indican que en las primeras se utilizó la madera, al igual que en los abrevaderos, pero no se ha localizado ningún resto. El material más efectivo y duradero ha sido la piedra, trabajada en sillares o mampostería de grandes dimensiones, amalgamados con mortero de cal y de cemento, según las épocas. El uso de la piedra en seco es frecuente en las zonas donde la tradición de la cantería se ha mantenido desde siglos pasados, como Valderredible en Cantabria. A partir de la mitad del siglo XX la piedra deja paso a pilas hechas de pequeño mampuesto o ladrillo revestido con mortero de cemento, y de hormigón en masa. Es raro el uso de ladrillo visto, a pesar de la relación de este material con las construcciones vinculadas con el agua. Producto de reparaciones poco afortunadas es la introducción reciente de materiales como losas de granito, mármol, piedra artificial, gres



Figura 5
El lavadero de Repudio (Valderredible, Cantabria, ca. 1890), asociado a una fuente, consiste en un depósito de planta rectangular construido a cota de suelo. Tiene doble pila y está realizado íntegramente en piedra de sillería, con refregaderos inclinados y de superficie lisa. El agua llega de la fuente conducida por un canal descubierto e ingresa en el lavadero mediante un orificio en uno de los muros, desagua por reboso y el caudal discurre libremente hasta un riachuelo

cerámico, entre otros, o simplemente sucesivos revestimientos con capas de mortero de cemento para sellar grietas o pérdida de material.

La circulación del agua

El depósito recibe caudal de alguna fuente de agua, por lo general un afloramiento de manantial, pero también puede ser alimentado por un curso de agua superficial. El emplazamiento en la proximidad de la fuente de agua es una variable muy repetida en estos abastecimientos antiguos, cuando se seca el manantial o muda la surgencia el conjunto construido es trasladado hasta la nueva situación. En los lavaderos actuales, unas veces se sigue alimentado del manantial y otras se ha enganchado a la moderna red de distribución de la población. En otros casos se ha mantenido el conjunto edificado pero sin agua.

Es frecuente que el caudal llegue al lavadero en último lugar, después de pasar por la fuente y el abrevadero. Es la situación más común entre los lavade-

ros más antiguos, que se construían a continuación del abrevadero; el lavado de la ropa ensuciaba en agua —ya no podía ser consumida por personas ni animales— y por eso este era el último uso del ciclo. (Figura 6) Aunque la posición del lavadero no fuese contigua al abrevadero el modo en que se organizaba la circulación del agua relegaba la tarea del lavado siempre al final, o la independizaba. El modo habitual en que se producía el trasvase del caudal era en lámina libre y por gravedad, mediante pequeñas canalizaciones descubiertas —surcos excavados en el suelo y mínimamente revestidos— o tuberías —de plomo, pvc, fibrocemento— alojadas en pequeños canales cubiertos. En contadas ocasiones el agua ingresa en el lavadero por el fondo de la pila, situada directamente sobre el afloramiento.

Una vez usada, el agua es evacuada. Las pilas de los lavaderos disponen para ello de sistemas de desagüe. Con frecuencia consistían en un desagüe de fondo —que se taponaba con telas o esparto para el llenado de la pila y se liberaba para la limpieza anual de la misma— y un rebosadero en la parte superior de uno de los muros. Después se ha añadido un desagüe de medio fondo para facilitar el llenado parcial de la pila y también el desagüe. Una vez fuera de la pila el agua discurría libremente por el terreno. Con la construcción de la red de saneamiento en las zonas rurales se han conducido estos caudales eliminados para ser evacuados a través de ella.

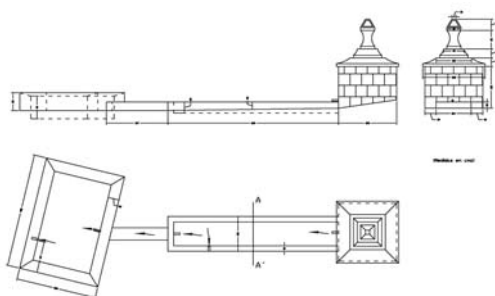


Figura 6
La circulación del agua en la fuente de Salcedo (Valderredible, Cantabria) sigue el esquema lineal con más frecuencia empleado. Un depósito junto a la fuente recoge el agua de tres manantiales y lo distribuye a esta, desde donde pasa al abrevadero y lavadero, que recibe el aporte mediante una canalización cerrada y desagua libremente por una hendidura en la piedra

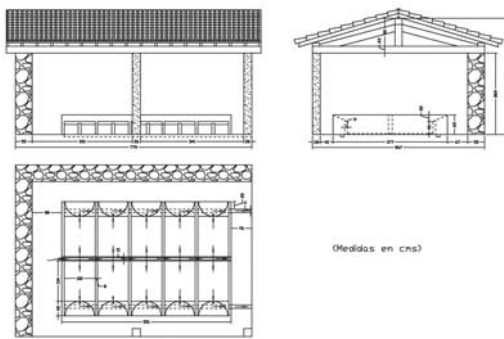


Figura 7

La diferente configuración de la pila del lavadero de Allén del Hoyo (Valderredible, Cantabria), compartimentada en diez depósitos individuales, organiza la circulación del agua de modo que el caudal llega por conducción subterránea hasta el lado izquierdo y cae a un canalillo descubierto que discurre longitudinalmente, distribuyéndose en las pilas mediante rebosaderos. El desagüe es en cada pila mediante un conducto cerrado en vertical, el sobrante se reúne en un canal abierto excavado en el suelo que conduce el agua al exterior del lavadero

Construcciones para proteger la pila y el espacio de lavado: el edificio del lavadero

El recinto del lavadero —la pila y el espacio en torno a ella generado— podía protegerse de varias maneras, la más frecuente mediante la cubrición del conjunto. No es posible precisar con exactitud en qué momento se cubren los lavaderos ya existentes, pero no parece ser antes de las dos primeras décadas del siglo XX. En cambio, los construidos a partir de los años cuarenta ya se proyectaban y ejecutaban con cubierta, al menos en alguna zona de la región como sucede en el valle del Nansa, en otras, como la comarca de Campóo en esas mismas fechas aún se identifican lavaderos descubiertos.

Cubrirse era solo un modo de proteger el lavadero, pero se han registrado otros, por ejemplo rodearse de un muro de mayor o menor altura que permitía el resguardo de los vientos dominantes y también de los animales que acudían al abrevadero contiguo. (Figura 8) En cualquier caso los lavaderos con cubierta se convierten en el icono del espacio de lavado, porque

da lugar a una instalación mucho más destacada y visible, además de confortable para desarrollar las tareas de limpieza.

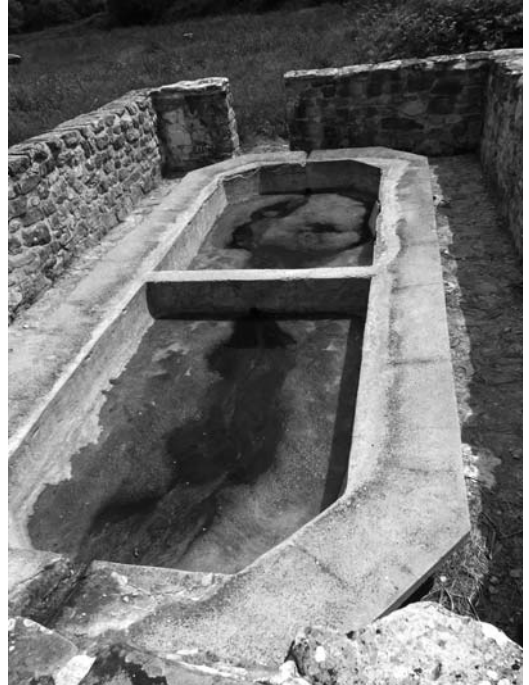


Figura 8

Lavadero de San Martín de Valdelomar (Valderredible, Cantabria, año 1914). El lavadero forma parte de un conjunto hidráulico (fuente, cuatro abrevaderos y lavadero en disposición lineal). La pila, que fue reparada en 1965, es de planta octogonal, y está rodeada de un muro de mampostería de 1.70m de altura, que conforma un recinto al que se accede mediante un vano en un lateral. La disposición del muro resguarda del ganado y de los vientos dominantes, pero no de la lluvia, meteoro infrecuente en esta zona fronteriza con Castilla

Se han identificado diferentes modos de resolver la cubrición. Así, en la Figura 9 se observa el tipo de solución más empleado en los valles intermedios de Cantabria, consistente en dos muros ciegos y un murete con pilares donde se apoya la cubierta, que es a dos aguas, un tipo que se adapta bien a las

abundantes plantas rectangulares. Domina el uso de la teja árabe (industrial) apoyada sobre un entramado de vigas y ristreles de madera local. El acceso se realiza por el lado libre. La estructura principal de este lavadero es de piedra, incluido el depósito y un poyo que recorre uno de los lados largos y que servía de apoyo a las *bañaderas*, el recipiente donde se transportaba la ropa. Los muros que se realizaron en los años sesenta son de ladrillo enlucido con mortero.



Figura 9
Lavadero de Sotronco en Cicera (Peñarrubia, Cantabria, Años 1908-1967) La primera fecha es la de construcción del abastecimiento y la segunda corresponde a una reparación

Una solución similar pero más moderna se observa en Juntuerca (Figura 10). La pila, un depósito único de planta pentagonal y adosado a un muro, se resguarda con una cubierta consistente en una estructura formada por dos muros ataluzados y dos muretes que soportan pilares de madera sobre los que se apoya la cubierta a dos aguas. En el muro de mayor dimensión se han horadado tres vanos de 0.50m x 0.20m, y el acceso al interior es por el otro lado mayor, que queda libre. El caballete que sostiene la cubierta está protegido en el frente exterior por un entramado de lajas de madera, terminación que también se emplea en las fachadas principales de las cabañas pasiegas.

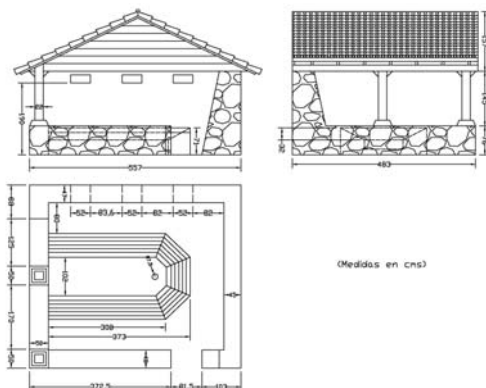


Figura 10
Lavadero de Juntuerca en Cabanzón (Herrerías, Cantabria, ca.1950). Se construyó junto a un abrevadero, de quien recibe el agua mediante canalización cerrada. Ha sido reparado en 2007

El empleo de la cubierta a un agua no es un tipo demasiado usado. Dispone de ella el lavadero de El Torco (Figura 11), en Lamasón. Dispone de dos muros ataluzados ciegos y dos muretes —rematados por una albardilla— donde se apoya la cubierta, que en el frente lo hace sobre un pilar de madera. El acceso se realiza por el lado menor que queda libre. La teja



Figura 11
Lavadero El Torco en Lafuente (Lamasón, Cantabria, ca. 1950) Este modelo, adaptado a la topografía de cada lugar, está presente en todas las poblaciones del término municipal

curva industrial sujeta con mortero de cemento sigue siendo el material dominante de la cubierta. Es singular la planta de la pila de lavar, construida en piedra y mortero de cemento y contenida entre los dos muros.

En ocasiones la cubierta no resguarda la pila por completo, como sucede en el lavadero de Arcera (Figura 12). La pila, de piedra y exenta, está parcialmente rodeada por tres muros ciegos de sillarejo y grueso mampuesto, el posterior y los laterales, que se levantan hasta servir de apoyo a la cubierta, que es a un agua. Por la parte frontal la pandeada viga exterior del entramado de madera de la cubierta se apoya sobre un pilar de madera que a su vez lo hace en un zócalo del mismo material dispuesto transversal a la pila, en cuyos muros se sujeta.

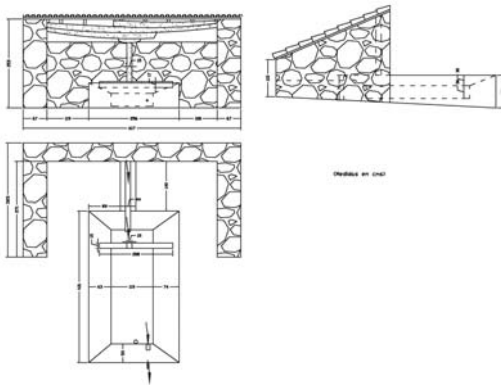


Figura 12
Lavadero de Arcera (barrio de Arriba) (Valdeprado del Río, Cantabria. Año 1926). La magnífica sillería de la pila ha sido reparada con parches de mortero de cemento, lo que afea el conjunto

Un caso peculiar es del lavadero de Corconte (Figura 13), emplazado en la planta baja de la Casa de Concejo. Este edificio es un buen ejemplo de la arquitectura popular de Cantabria: casa de planta rectangular y dos alturas con la fachada principal en uno de los lados menores, cubierta a dos aguas con caballete paralelo a la fachada, solana entre dos muros cortafuegos y zaguán abierto que recibe el nombre de estragal. Este recinto abierto se empleaba tradicionalmente para guardar aperos de labran-



Figura 13
Lavadero de Corconte (Campóo de Yuso, Cantabria, ca. 1895). Recibe el agua directamente desde el manantial, mediante un caño en el frente, y el caudal sobrante del abrevadero contiguo

za, y como lugar de trabajo y reunión. Tiene el suelo encachado y un poyo de piedra. El afloramiento del manantial en este preciso lugar motivó la ubicación del lavadero, que actualmente recibe agua de la red de abastecimiento. La pila de lavar, de planta rectangular y construida en sillería de labra similar a la de los muros laterales, está adosada al muro izquierdo, por lo que es practicable a lo largo de casi 6m.

Otro caso original es el de Reinosa (Figura 14), por el protagonismo absoluto de la cubierta. El lavadero se localiza en la margen derecha del río Ebro, y el lavado se realizaba directamente en el río. Sobre un solado de piedra de poco más de 23m de longitud, que en la parte más próxima al río está ligeramente inclinado hacia él, se dispuso una cubierta a un agua apoyada sobre tres muros perimetrales de mampostería amalgamada con mortero y siete pilares de madera sobre basamentos de piedra. Sobre ellos se apoya en entramado de ristreles y vigas que soportan teja árabe fijada entre sí con mortero de cemento. El acceso al recinto se realiza por los laterales, a través de un vano en estos muros. Al no disponer de depósito de agua, para el lavado de las ropas las mujeres utilizaban las *banquillas*, unas planchas de madera estriada, de pequeñas dimensiones, sobre la que restregaban los paños.



Figura 14
Lavadero del Campo Colorao (Reinosa, Cantabria, ca. 1900). Se ha conservado el espacio pese al dominante uso residencial de su entorno, se ha reparado y está incluido en el catálogo de bienes patrimoniales municipales (Pérez 1995)

Al trabajo del arquitecto Ángel Hernández Morales, quien entre 1940 y 1975 trabajó para la Diputación de Cantabria, se deben lavaderos como el de Santiurde de Reinosa (Figura 15) que contiene las claves más reconocidas (Remolina 2011) de la obra de este profesio-



Figura 15
Lavadero de Santiurde (Santiurde de Reinosa, Cantabria, ca. 1965). Comparte manantial con una fuente y abrevadero, de construcción anterior, el agua llega desde el abrevadero a través de un caño cerámico que mana ininterrumpidamente

nal, como son el tratamiento de los volúmenes, los materiales y en especial la cubierta, que consiste en una delgada losa de hormigón dispuesta con un quiebro; es innovador también el tratamiento de los muros calados con ventanas fijas formadas por pequeños marcos ejecutados con mortero armado y cristal, lo que proporciona luminosidad al interior. El juego de los planos de cubierta y el uso de la luz contrastan vivamente con los habituales muros ciegos y cubierta de teja árabe a dos aguas comúnmente empleados en este tipo de edificio y en esta región.

CONCLUSIONES

Los catálogos no se agotan en sí mismos, son herramientas muy útiles que permiten hacer valoraciones fundamentadas de las obras objeto de estudio. Han de estar bien concebidos, para lo que es fundamental un diseño riguroso capaz de sostener y enlazar información múltiple. Para la definición morfológica y tipológica es preciso observar detenidamente lo construido y localizar y consultar los documentos que contienen los pensamientos y decisiones de sus proyectistas y constructores.

La funcionalidad parece ser el valor más ponderado en los lavaderos. Por ello al abandonarse la labor allí realizada —el lavado manual de la ropa— desaparece el interés por este lugar. Pero no tiene porque ser así, son construcciones que atesoran más interés que el de su función, expresan también una forma de construir o un valor simbólico que aún permanece en la memoria colectiva de las gentes, no en vano funcionaron como espacios privilegiados para la sociabilidad de la población femenina rural. Ser consciente de su significado y potencialidad permitirá recuperar sus valores, lo que muchas veces implicará recuperar el hecho físico del lavadero y esto debería hacerse respetando el concepto, las formas y el espacio en torno a él generado.

Recuperar estas obras significa recuperar las señas de identidad del grupo humano que les dio sentido. Por ello las tareas de conservación y/o rehabilitación deben ser rigurosas y planeadas por profesionales, es el único modo de evitar las actuaciones bienintencionadas pero desafortunadas que con la única premisa de consolidar lo construido introducen materiales, tipos y formas que poco tienen que ver con las buenas prácticas de la rehabilitación.

LISTA DE REFERENCIAS

- Azkárate, A; Palacios, V. 1994. *Arquitectura hidráulica en el valle de Cuartango*. Álava
- Ballester, J.M. 1985. «Las obras públicas: una nueva dimensión del patrimonio» *Los Cuadernos de Cauce 2000*. 9: 1-12
- Berrocal, A. et al. 2011. *Patrimonio rural disperso*. Madrid: FMA
- Bestué, I; González – Tascón, I. 2006. *Breve guía del patrimonio hidráulico de Andalucía*. Sevilla: Agencia Andaluza del Agua
- Catalán Monzón, F. 2005. *Fuentes de Málaga. Sus aguas, las ciencias y sus cosas*. Málaga: Diputación
- Diego García, J.A. 1992. *Fuentes y lavaderos de Gijón*. Gijón
- Martínez Vázquez de Parga, R. 1996. «Las obras públicas, un patrimonio poco valorado» *OP*. 38: 86-89
- Matés Barco, J.M. 1998. *Cambio institucional y servicios municipales. Una historia del servicio público de abastecimiento de agua*. Granada: Editorial Comares
- Medianero, J.M. 1997. «Notas y apuntes sobre los lavaderos públicos de la Sierra de Aracena» *XII Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Aracena*. 455-483
- Medianero, J.M. 2003. *Fuentes y lavaderos en la sierra de Huelva*. Huelva: Diputación
- Pérez Bustamante, R; Baró Pazos, J. 1988. *El gobierno y la administración de los pueblos de Cantabria*. Santander: Institución Cultural de Cantabria
- Pérez Sánchez, J.L; Campuzano Ruiz, E; Martínez Ruiz, E. 1995. *Catálogo monumental de Reinoso*. Reinoso: Ayuntamiento
- Remolina, J.M. 2011. *Pautas para la interpretación de la arquitectura de Ángel Hernández Morales (1911-2008)*. Santander: CEM
- Ruiz-Bedia, M. et al 2010. «Catálogo del patrimonio industrial y de las obras públicas del valle del Nansa» en *Programa Patrimonio y Territorio. Valle del Nansa*. Santander: Fundación Marcelino Botín.